

acababan por hacer todo cuanto él les pedía, y que por lo que tocaba á los pagos podía dirigirse al duque de Bassano. Exactamente la misma contestacion que pocos dias antes habia dado al general Krusemarck. El emperador decia á los prusianos que se dirigieran al duque y éste los enviaba al emperador; pero ni se pagaba nada, ni siquiera se formulaban promesas. Esto irritó tanto á Hatzfeld que acabó por decir á Bassano: «Si no auxiliáis al rey, si le obligáis á que no cuente mas que consigo mismo, su país le dará hasta el último hombre y hasta el último thaler para ir contra vosotros.» En vista de que el emperador se negaba á todo pago, los prusianos suspendieron el contingente que hasta entonces habian proporcionado á Francia y que solo con esta reserva habian aparentemente organizado. En cuanto á los armamentos que desde el 8 y el 10 de febrero se venian haciendo á pretexto de medida encaminada á asegurar la neutralidad de Silesia, tomaron muy distinto carácter cuando Napoleon prohibió terminantemente toda negociacion con Rusia sobre este particular, á partir de cuyo momento las negociaciones se hicieron á la luz del dia.

Entretanto, Napoleon habia celebrado tambien una conferencia con el representante de Austria que arrojaba un rayo de luz poco tranquilizador respecto de los sentimientos de la corte de Viena.

El dia 3 de febrero habíase presentado por segunda vez el conde Bubna al emperador Napoleon para entregarle cartas del emperador Francisco: la primera, fechada en 23 de enero, expresaba su satisfaccion de ver que Napoleon aceptaba la mediacion del Austria, pero nada decia respecto de la peticion hecha por aquel en 7 de enero, lo cual significaba, segun las instrucciones de Metternich del dia 25, que Bubna, en caso de que Napoleon insistiera, debía rechazar no solo el aumento del cuerpo auxiliar, que ya habia sido negado, sino tambien el tratado de subsidios (1). En la segunda carta, fechada en 24 de enero, manifestaba el emperador Francisco á Napoleon que, en vista de haber desaparecido repentinamente de Elbing el rey Murat sin previa consulta y sin despedirse de nadie, habíase él visto obligado á ordenar inmediatamente al príncipe Schwarzenberg que atendiera por sí mismo á la seguridad del cuerpo auxiliar. Bubna procuró, en términos que traducian la mayor lealtad, hacer ver al emperador que esta orden habia sido concebida y dada en la creencia de que reflejaba sus propios sentimientos, pero apenas hubo Napoleon leído en la carta que Schwarzenberg habia recibido orden de retirarse y que para asegurar la retirada habia sido facultado á firmar, en caso necesario, un armisticio con los rusos, se sintió poseido de una indignacion que no pudo dominar y exclamó, dando desaforados gritos: «Señor mio, esta es una mala pasada: lo que se ha hecho es contrario al tratado y constituye el primer paso de la desercion. En un ejército no puede haber dos generales en jefe. Me habeis dado el cuerpo para combatir á los rusos, poniéndole á mi completa disposicion. Si vuestro cuerpo auxiliar se separa de mi ejército, deja de servir al objeto á que se le destinó, y en este caso prefiero renunciar á él, porque así, á lo menos, sabré á qué atenerme. Habeis cambiado de sistema: las esperanzas de paz han muerto. Los ingleses y los rusos tendrán presentes vuestros sentimientos. Vosotros queis separar del juego á vuestro cuerpo auxiliar. He aceptado vuestra mediacion para la paz, pero un mediador armado no me conviene. Sucederá que el virey de Italia se verá obligado á evacuar á Varsovia, á abandonar el Vístula y á retirarse detrás del Oder, y esto producirá malísimo efecto en mi ejército y en Francia.» Todo esto era rigurosamente exacto:

(1) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 100.

Austria habia dado «el primer paso hácia la desercion» y de seguro que éste no seria el último. Todo cuanto Napoleon temia de esta retirada arbitraria habia ya sucedido ó estaba cierto de que sucederia: el ducado de Varsovia estaba perdido y era seguro que el Vístula no podria ser conservado, como tampoco probablemente el Oder. Napoleon hubiera estado en su perfecto derecho justificando su última amenaza definitiva, «hablaré á mi pueblo,» y promoviendo respecto de la traicion del príncipe Schwarzenberg el mismo estrépito europeo que antes habia armado á propósito de la «traicion del general York,» pero se contuvo y aquella misma noche suplicó al conde Bubna que no dijera á la corte de Viena nada de lo ocurrido, pues el mundo no habia de saber hasta qué punto se habia hecho quebradizo el sistema de alianza con cuya firmeza contaba Francia y que él esperaba, desplegando grandes fuerzas, restablecer antes de que se desencajara por completo. Por esto, como hemos visto, manifestó en su discurso del trono, de 14 de febrero, á los aliados una satisfaccion que no tenia razon ninguna para experimentar por lo que hacia á los dos mas importantes de ellos. Por lo demás, contaba con que la abrumadora superioridad de fuerzas con que esperaba presentarse antes de poco en el Elba haria un efecto terrible así entre los desertores como entre los enemigos.

Ya antes de que la corte prusiana de Breslau hiciera sus enérgicas reclamaciones, habian ocurrido en las comarcas del bajo Elba, donde los franceses se retiraban perseguidos por los cosacos, algunas sublevaciones populares, que si bien no decidian nada bajo el punto de vista militar, dejaban ver de una manera altamente peligrosa cuál era el espíritu de las masas. En Hamburgo, despues de la salida de la guarnicion, que se efectuó en 24 de febrero, las aduanas y las casillas de consumos fueron asaltadas, desocupadas, arrasadas y robados sus materiales: los aduaneros y los gendarmes hubieron de sufrir los insultos, malos tratamientos y violencias de los contrabandistas, á quienes hasta entonces habian perseguido: las águilas imperiales fueron en todas partes apedreadas, arrancadas de sus sitios y cubiertas de excrementos (2).

Desde aquel entonces, todos los funcionarios franceses que se habian quedado en la ciudad vivieron en continua angustia, hasta que el general Carra Saint-Cyr evacuó en 12 de marzo la poblacion con todos los franceses. En la noche del 17 llegaron á Hamburgo, como exploradores, doce cosacos de la columna del coronel Tettenborn, que fueron recibidos con aclamaciones de júbilo, obsequiados, alojados y admirados, y tanto fué lo que llegaron á beber á la salud del emperador, que cayeron sin sentido á los piés de los caballos. El dia 18 de marzo entró en la ciudad Tettenborn, y la simpatía con que Hamburgo le recibió á él y á sus 1,300 cosacos y kalmukos se tradujo en una fiesta popular de la especie mas extraña. En medio del estrépito de las campanas echadas á vuelo y de los cañonazos, entre alegres vivas y hurras los lanceros barbudos montados en sus vellosos caballos recorrieron las calles de la ciudad, cubiertas de flores y llenas de una multitud ébria de gozo, que se apiñaba de todas partes y les saludaba hasta desde los tejados. Tettenborn, cargado de coronas y rodeado de su Estado Mayor, cubierto de coronas tambien, saludaba alegremente á todos lados. «Los mismos cosacos parecian conmovidos y admirados de este triunfo, y mientras los kalmukos, de embrutecido rostro, posaban con aire de estúpida sorpresa sus ojos en la muchedumbre, las serias fisonomías de la noble tribu del Don desarrugaban su ceño y desde sus caballos se inclinaban á los

(2) J. G. Rist: *Recuerdos de mi existencia*. Gotha, 1886, tomo II, página 159.

ciudadanos, y se les vió colocar á algunos niños sobre el arzon de sus monturas y colmarlos de caricias. Cada vez que llegaba á ellos una palabra rusa, un saludo conocido, el nombre de su emperador, pintábanse en sus rostros la alegría y el agradecimiento. En estos términos nos describe J. G. Rist el espectáculo que presencié desde la casa de su amigo el patriótico librero Federico Perthes. Ninguno de aquellos hamburgueses, llenos de júbilo, sospechaba cuán caro habia de pagar la ciudad aquel corto vértigo de placer. Análogas precipitaciones causaba en todos aquellos martirizados territorios el simple rumor de la proximidad de los cosacos: así sucedió especialmente en el distrito de Oldenburgo en cuanto los militares franceses partieron y los cosacos llegaron hasta Brema. En Blexen y Eckwarden los comandantes de las baterías costaneras fueron expulsados; en Tossens, Abbehausen, Ovelgone, Brake, Elsflth y en otros puntos, los gendarmes, los aduaneros, los alcaldes antipáticos, los recaudadores de impuestos y otras personas fueron molestados, saqueados y maltratados. Aquello era el principio de una anarquía que inspiró serios temores en la ciudad de Oldenburgo. A propuesta del subprefecto baron Frochot (1) y del alcalde Erdmann (2), el vecindario convino en formar una guardia cívica, que, sin embargo, no contaba para su armamento mas que con un pequeño número de picas, á pesar de lo cual consiguió, ayudada por algunos gendarmes, mantener el orden. Pero cuando éstos fueron llamados á Brema y cuando en 16 de marzo se disponian á salir de la plaza del castillo, llegaron los quintos de los cantones de marcha de Brema gritando: «¡Los cosacos están delante de Brema! ¡ya no hay quinta! ¡somos libres!» y se mezclaron con la multitud que llenaba aquel lugar. Entonces se promovió gran estrépito: los recién llegados fraternizaban con las masas, cada vez mas imponentes, los adoquines de las calles fueron arrancados y en medio de una espantosa gritería llovió una granizada de piedras sobre la cuadra en donde se habian refugiado los gendarmes en el primer momento de confusion. Despues éstos, aremetiendo contra la multitud, lograron abrirse paso y salir felizmente de la ciudad. A este ensayo siguió, al dia siguiente, un ataque general contra el almacén de la aduana y á duras penas pudo luego la guardia cívica arrancarla de manos de la plebe, que la estaba saqueando. Cuando en 19 de marzo llegó un destacamento de gendarmes para servir de escolta hasta Brema al subprefecto y á todos los empleados franceses, y cuando el subprefecto encargó al alcalde que, como en otras ocasiones, le representara en su ausencia, entonces sonó la hora decisiva.

El alcalde declaró que la retirada de todos los franceses debía ser interpretada como la renuncia espontánea de su soberanía; la guardia cívica se disolvió y el subprefecto, comprendiendo que por este camino muy rápidamente habia de llegarse á la disolucion de todo orden, consintió á fuerza de ruegos en confiar la administracion, no al alcalde, que presentó su dimision, sino á una comision gubernativa provisional compuesta de cinco hombres respetables (Finkh, Berger, Negelein, Klavemann y Bulling), hecho lo cual él y todos los franceses partieron para Brema. Aquella misma tarde, los cinco publicaron un manifiesto en el cual daban cuenta de su nombramiento; confirmaban en sus puestos al consejo municipal que hasta entonces habia regido, dándole

(1) Hijo del antiguo prefecto del Sena; Frochot, á quien su insensata conducta, cuando el ataque del general Malet, habia costado su destino. Passy: *Frochot, préfet de la Seine*. Evreux, 1867.

(2) A la amabilidad de su hijo, el consejero secreto de Estado Erdmann, de Oldenburgo, debo algunos datos manuscritos que en lo que sigue utilizo.

el nombre de «comision municipal,» y á los alcaldes del país, que se denominaron «comisarios comunales;» excitaban á los habitantes á mantener la tranquilidad y el orden y procuraban tranquilizar á los acreedores del Estado con la promesa de vender los efectos de las aduanas y los estancados. Toda la eficacia de este manifiesto, cuya impotencia no tardó en demostrarse, quedó reducida á su publicacion. Los oldenburgueses, sin cuidarse para nada de las nuevas autoridades, izaron la bandera oldenburguesa en la torre del castillo y con procesiones de júbilo é iluminaciones en las casas celebraron su liberacion de la dominacion extranjera. El prefecto de Brema, el conde Arberg, revocó las disposiciones adoptadas por el suprefecto Frochot y ordenó al alcalde Erdmann que inmediatamente entrara otra vez en el ejercicio de sus atribuciones como tal. El dia 23 llegó su carta á Oldenburgo y acto contínuo desapareció la comision como habia desaparecido el dia 21 la bandera oldenburguesa, y el dia 24 se supo que un fuerte destacamento francés, como columna móvil, habia penetrado en el distrito para restablecer á sangre y fuego la soberanía francesa en el departamento de las Bocas del Weser, que habia sido declarado fuera de la ley por Napoleon.

Esta columna móvil, compuesta de 1,500 hombres, despues de haber saqueado y devastado la infeliz villa de Blexen, de haberse apoderado de sus principales habitantes en calidad de rehenes, para fusilarlos despues de someterles á un consejo de guerra, llegó el dia 27 á Oldenburgo, fusiló allí á dos de los rehenes que llevaba, del mismo modo que habia fusilado á otros en otros lugares, y encontrando á la ciudad completamente pacífica y regida nuevamente por el alcalde Erdmann, prosiguió su marcha hácia Brema, no sin antes haber sacado una contribucion de 3,000 thalers y haber dejado en la ciudad una guarnicion de un centenar de soldados. Entretanto, habia llegado á Brema el general Vandamme, que habia recibido el encargo especial de pacificar este país rebelde, y por orden del cual fueron, en 4 de abril, arrestados y conducidos á esta ciudad los cinco individuos de la comision oldenburguesa. Las palabras con que les recibió fueron éstas: «Esta noche os haré fusilar,» y habiéndole contestado Berger: «Señor, habíamos sido colocados en la brecha por el subprefecto,» repuso: «Pues bien, si un miserable subprefecto os habia colocado en la brecha teniais que morir en ella.» El dia 9 de abril se reunió el consejo de guerra que debía sentenciarles y cuya deliberacion se prolongó hasta la media noche. El crimen consistia en la proclama, que habia sido considerada anticonstitucional y atentatoria á la seguridad del Estado, porque en ella no se consignaba el nombre del emperador, porque se cambiaban caprichosamente las denominaciones constitucionales de las autoridades locales, porque se anunciaba contra derecho la venta de lo que era propiedad del Estado y porque se habia omitido la consulta que la constitucion disponia que se elevara á las autoridades superiores. Si estos eran crímenes, los cinco individuos que habian puesto sus nombres al pié de la proclama eran culpables por igual, como así lo declararon en el interrogatorio (3), y sin embargo solo dos de ellos, los consejeros de cancillería Finkh y Berger, fueron condenados á muerte y fusilados en la madrugada del 10 de abril en el sitio donde se solian verificar las ejecuciones.

La declaracion de guerra que entretanto habia hecho Prusia habia modificado muy poco la situacion general de Alemania y nada la de los países de la izquierda del bajo Elba. Con ella Napoleon habia conseguido un cómodo pretexto para una nueva leva de 80,000 hombres de los contingentes

(3) Gildemeister: *Asesinato de Finkh y de Berger*. Brema, 1814.

mas antiguos (1): la pequeña hueste del coronel Dornberg comprendió cuán grande era la superioridad de este nuevo ejército en aquella comarca cuando en 2 de abril y, auxiliada por el heroico batallón de fusileros prusianos mandado por el mayor Borke, después de haber arrebatado en un brillante ataque la ciudad de Luneburgo á la columna francosajona del general Morand, tuvo que retirarse al día siguiente ante las fuerzas de la division Lagrange (2).

En Prusia reinaba todo el entusiasmo de su primavera nacional. El ejército recientemente formado en Silesia se puso en marcha en los días 16 á 24 de marzo dirigiéndose al Elba á las órdenes de su comandante el general de caballería Gebhardt Leberecht de Blucher, hombre por cuyas venas no circulaba una sola gota de sangre en que no hirviera la pasión de la guerra santa. Hablando de esta marcha, dice un testigo presencial: Aquellos días eran días de júbilo para todo el país: cada regimiento ó batallón, á cuyo frente iba lo mas selecto de la juventud que voluntariamente se había armado para defender á su patria, era bendecido al aire libre por sacerdotes: una innumerable muchedumbre de gente del pueblo, parientes y amigos, elevaba con ellos sus ardientes plegarias al cielo, después de lo cual el ejército patriótico marchó á la guerra justa entre los solemnes tañidos de las campanas, acompañado de las mas calurosas bendiciones. ¡Oh, el que no ha vivido durante esta época en la patria no ha presenciado nada grande y extraordinario! Los siglos se deslizan lentamente llenos de actos humanos vulgares, pero cuando un pueblo se siente poseído de entusiasmo, entonces todo cuanto hacen los hombres sale de la esfera de lo comun (3).

El camino de Breslau al Elba llevaba á los prusianos de Blucher á atravesar el reino de Sajonia. En virtud de un convenio acordado en 19 de marzo en Breslau, los dos monarcas aliados se habían obligado á publicar un manifiesto dirigido á los príncipes y pueblos de Alemania invitándoles á tomar parte en la lucha de liberación y amenazando con la pérdida de sus Estados á los príncipes que no respondieran dentro de un plazo determinado á este llamamiento. En su consecuencia, la «Proclama á los alemanes» que desde Kalisch publicó el príncipe Kutusoff en 25 de marzo, contenía un párrafo que decía: «Por esto invocamos la cooperación leal de todos los príncipes alemanes especialmente y queremos suponer que no habrá entre ellos ninguno que, si quiere ser y permanecer siendo renegado de la causa alemana, se queje luego del merecido aniquilamiento por la fuerza de la opinión pública y por el poder de las armas justas (4)». La amenaza no estaba por nada suavizada: el que no acudiera debía ser destronado, y en cuanto al que respondiera al llamamiento, no se le garantizaba su posesión, omisión que no podía considerarse compensada con la declaración de que la liga del Rhin, «engañadora cadena del que todo lo desunía», quedaba disuelta y de que se dejaba al criterio de los príncipes y pueblos alemanes el hacer brotar «del primitivo y original espíritu del pueblo alemán una Alemania rejuvenecida, vigorosa y unitaria». Muy distinto era el programa que Prusia, antes de su alianza con Rusia, había redactado respecto de lo que había de hacerse con Alemania y con sus príncipes. En las instrucciones que en 2 de enero se habían dado á Knesebeck (5), deíase que como base de la paz que podía proponerse á las potencias beligerantes, los tratados de Amiens y de Luneville serían los mas simpáticos al rey

(1) Thiers, tomo XV, pág. 351.

(2) Hauser, tomo IV, págs. 81-83.

(3) Carlos de Plötho: *La guerra en Alemania y en Francia*, 1813 y 1814. Berlin, 1817, tomo I, págs. 36-37.

(4) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 329-330.

(5) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 126-127.

porque garantizaban á los Estados de Europa las mayores seguridades; pero que como de encastillarse en la integridad de aquellos tratados surgirían probablemente invencibles dificultades, quería el monarca señalar como minimum irrevocable la independencia de Alemania de la dominación francesa. «Es preciso asegurar á los príncipes de la confederación del Rhin su existencia actual, á excepción del rey de Westfalia, y hacer que en vez de la influencia francesa, y especialmente en lo relativo á cuestiones militares, predominen la austriaca en la Alemania del Sur y la prusiana en la Alemania del Norte, formando el Maine, según el antiguo pensamiento, la línea fronteriza. Inútil es decir que las ciudades anseáticas serán restablecidas.» Finalmente, recomendábase muy especialmente al Austria que si enviaba tropas á Bohemia «tranquilizara á los príncipes de la confederación del Rhin respecto de su estado de posesión,» salvas ciertas negociaciones sobre cuestiones especiales. El tratado de Breslau de 19 de marzo produjo un cambio completo en la política alemana de Prusia; cuando ésta se dejó vencer por Rusia de la conveniencia de proclamar abiertamente un principio fundamental, en el cual hasta entonces no había pensado, á saber: el destronamiento de los príncipes alemanes de la confederación del Rhin que se negaran á cooperar á la lucha de la independencia, sin por esto darles ninguna garantía expresa de su estado de posesión en el caso de que en vez de negarse consintieran en prestar su concurso. Este cambio fué aparentemente inspirado por el barón de Stein, autor y cofirmante del convenio de Breslau (6), el cual decía sin rebozo alguno que para él «nada significaban, en aquellos momentos de gran desenvolvimiento, las dinastías;» que éstas, á su modo de ver, «eran simples instrumentos (7),» y que creía que la refundición de todos los Estados pequeños en grandes Estados era una solución muy deseada de la cuestión alemana. Pero el verdadero autor de esta evolución fué el emperador Alejandro, que de antemano había decretado el destronamiento del rey de Sajonia, duque de Varsovia (8), pensando apropiarse los territorios polacos que nominalmente y como prefecto de Napoleón poseía Federico Augusto, y habiendo ofrecido los territorios alemanes, en una conversacion que tuvo con Knesebeck, verbalmente al rey de Prusia como compensación y engrandecimiento á cambio de Varsovia, ofrecimiento que solo condicionalmente aceptó Hardenberg. Abandonado en el tratado de 26 de febrero el principio fundamental de la restitución de los antiguos territorios prusianos y hecha la renuncia á Hannover mediante una indemnización sacada de las conquistas que se hicieran en la Alemania del Norte, no le quedaba á Prusia mas recurso que contar con una conducta por parte del rey de Sajonia que permitiera destronarlo, destruyendo su política obstinadamente anti-alemana. La conducta de la corte sajona correspondió á las esperanzas de los aliados, y por otro lado, el lenguaje de la proclama de 25 de marzo y el proceder de éstos en su avance no eran muy á propósito

(6) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 329.

(7) Pertz: *Stein*, tomo III, pág. 226. Carta á Münster, de 1.º de diciembre de 1812.

(8) En la misma carta en que el conde Nesselrode enviaba en 26 de marzo á Hardenberg la proclama de Kutusoff, se decía: «Su majestad el emperador cree que después de todas las declaraciones que el rey de Sajonia ha mandado hacer á S. M. el rey por conducto del general de Scharnhorst, toda diligencia ó negociacion ulterior con este príncipe sería perjudicial y contraria á la dignidad de las dos cortes aliadas. Es-tima que, por el contrario, al penetrar en Dresde se podría sacar partido de su invariable intencion de no abandonar el sistema francés, para explotar los recursos del país con gran ventaja para la causa comun, según los principios convenidos en Breslau.» La carta íntegra se encuentra en los *Papeles de Schön*, tomo IV (Berlin, 1876), págs. 99-100.

para apartarla de su política; pero los aliados se habrían encontrado en una situación muy singular si el rey de Sajonia se hubiese separado de repente de Napoleón, privándose con su precipitada adhesión de materia, derecho y pretextos para todos sus planes de conquista. Esta evolución no hubiera sido otra cosa sino el retroceso á la política que con inquebrantable perseverancia y lealtad había sostenido Federico Augusto, como príncipe electoral, hasta 14 de octubre de 1806. Sajonia había sufrido mucho con el sueño real de Polonia, con el mal gobierno del conde Bruhl y con la funesta conspiración de éste contra Federico el Grande; pero

bajo la sabia administración del conde Loss su situación había cambiado por completo. El príncipe electoral, unido íntimamente con Prusia, había tomado parte en la guerra de sucesión bávara, entrado en la alianza de príncipes, renunciado en 1792 la corona de Polonia, cooperado á la guerra imperial contra Francia y ayudado después, en unión de su poderoso vecino, á defender la neutralidad y la paz de la Alemania del Norte, hasta que llegó la guerra que el mismo Federico Guillermo III no pudo evitar y en la que lucharon 22,000 sajones como parte integrante del ejército prusiano. La paz que en 11 de diciembre de 1806 firmó Federico Au-



Blucher.

De un cuadro pintado del natural, grabado de F. Fleischmann, en Londres (junio de 1814).

gusto en Posen con Napoleón, puso al desde entonces rey y príncipe de la confederación del Rhin en contradicción con todos los preceptos de una buena política sajona. Contra lo que la naturaleza había decretado, Sajonia se convirtió en el baluarte francés contra Prusia y se encontró nuevamente ligada con Polonia, lo cual no era menos antinatural. Encontrar natural y lógica esta nueva situación de Sajonia, tan monstruosa y tan insensata, y además fundar en ella vastos planes para llegar á ser gran potencia, era tarea reservada al nuevo ministro, conde Senfft, que basó toda su política en la idea de que Prusia era «un cadáver en descomposición» que no tenía para el soberano del nuevo imperio universal napoleónico mas interés que el que se relacionaba con la cuestión de cómo se repartirían sus vecinos los girones que se desprendían de su inanimado cuerpo (1). La alianza de Rusia y Prusia para la guerra de liberación no hizo variar en nada la manera de pensar del conde Senfft; cuando éste envió á Viena á fines de enero al general Watzdorf, encar-

góle que se expresara en el sentido de inquebrantable perseverancia en el sistema francés, y cuando comenzaron las negociaciones para una alianza secreta con el Austria exigió que á cambio de renunciar al ducado de Varsovia se procediera á un reparto de la provincia prusiana de Silesia entre Austria y Sajonia (2). Contra este devaneo no cabía aducir razones, pero tampoco podían formularse amenazas mientras la suerte no decidiera de parte de quién estaba el poder y de parte de quién la impotencia.

El rey de Sajonia procuró evitar el choque que debía producir este resultado definitivo marchando en 25 de febrero á Plauen, cuando tuvo noticia de que los cosacos estaban en Lusacia, y abandonando el gobierno en manos de una «comisión inmediata.» Desde aquel momento, los aliados consideraron á Sajonia como falta de soberano y los franceses la trataron como país enemigo. En 12 de marzo, el mariscal Davout, duque de Eckmühl, mandó quemar el puente de madera de Meissen, sobre el Elba, y en 19 del propio mes

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 234.

REVOLUCION FRANCESA

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 237-259.